

El Volcán desde el Balcón, de Juan José Zamarrón: instantes del cuerpo, fragmentos de realidad [¿Y qué tiene que ver Sor Juana aquí?]

LUZ DE LOURDES GARCÍA ORTIZ

Querido Lector Imaginario:

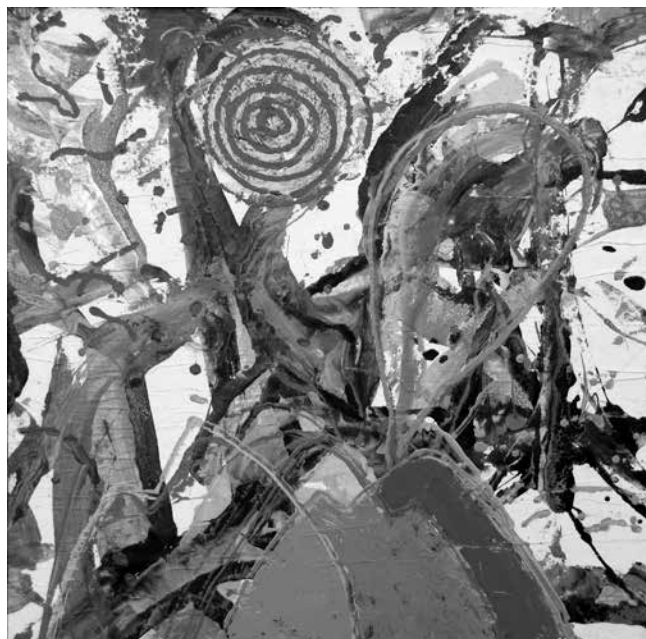
En efecto, sí existe una «loa de la infancia» atribuida a Sor Juana, correspondiente a una pieza teatral –que al parecer sigue perdida, si es que se conserva en algún lado–, pero en esos versos no son sujetos líricos el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl, ni volcán alguno, me temo; ni siquiera son aludidos, a menos que se quiera rebuscar un significado oculto para dar con una invocación ritual a las fuerzas de la naturaleza simbolizadas por los volcanes, es decir, la cosmovisión politeísta prehispánica subyacente al que es el tema manifiesto de la loa: «la fineza que el Señor hizo en quedarse sacramentado con los hombres» –tema comprobablemente sorjuanino, por lo demás–. Sin atreverme a afirmarlo del todo puesto que no soy es-pe-cia-lis-ta-cer-ti-fi-ca-da en la obra de Sor Juana, creo que por mucho que ella vindicara a los indios y su cultura, a la América al natural –sabrosos los diálogos que entramó en las loas para *El divino Narciso* y el *Neptuno alegórico*–, no se prestaba a hacer ese tipo de versiones de lo cristiano a lo pagano, aun cuando se sabe, por ejemplo, que el culto a Iztaccíhuatl como divinidad femenina de la fertilidad y las cosechas solía ser y sigue siendo una práctica subrepticia al culto a la Virgen de la Asunción en Amecameca. Seguramente

nuestra monja no pasaba por alto aquello, pero, así sin más, que no nos llame a difrasismo el título de su «loa de la infancia»: *Loa satírica mixta de una comedia representada en el atrio de la iglesia del Convento Dominicano de Nuestra Señora de la Asunción de Amecameca en la festividad de Corpus Christi*, o bien, *Loa satírica en una comedia en la festividad de Corpus hecha y realizada en Tlayacapan en el año de 1682*. Podemos comprobarlo por las investigaciones del historiador Augusto Vallejo Villa y la traducción de la loa, del náhuatl al español, por el filólogo Salvador Díaz Cíntora, quien hace un breve análisis de la pieza. Las noticias del hallazgo y la traducción puedes encontrarlas en el número 34 de *Letras Libres*, del mismo año, 2001, en que se dio a conocer el hallazgo de esa «comedia a favor de la comedia».

Cosa extraña que el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl no aparezcan ni como protagonistas ni explícitamente como tema o contexto, al menos en lo que he leído de la obra de Sor Juana. Lo pienso en este momento en que te escribo, puesto que la niña Juana Inés tuvo ante sí una vista directa de los volcanes, y se sabe que en algún momento de su vida vio al Popocatepetl mismo en plena actividad. Esto por lo que concierne a la loa que tanto te ha intrigado. Con la reserva de



El volcán desde el balcón 141 (Serie 7 de *Las Posibilidades del Cubo*)



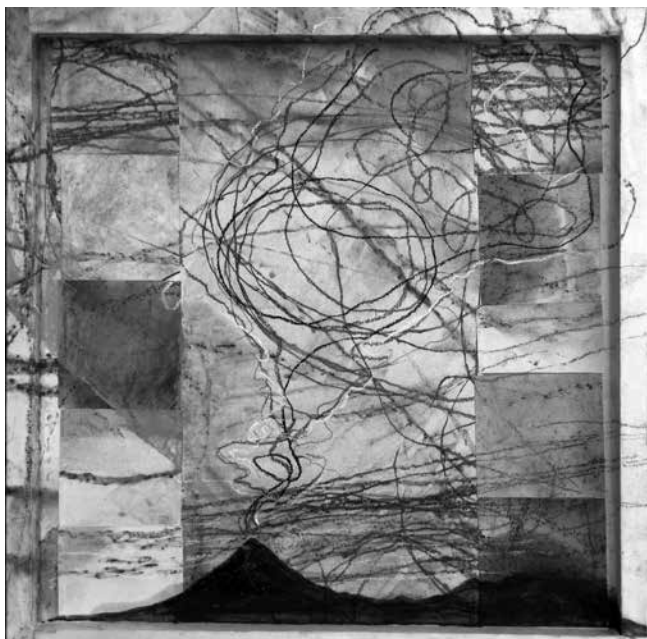
El volcán desde el balcón 209 (Serie 7 de *Las Posibilidades del Cubo*)

indagar más, sólo recuerdo que en *Primero sueño* hay un «mirador altísimo», como dice Antonio Alatorre en su estudio sobre las *Soledades* de Góngora y el *Sueño* de Sor Juana, o más bien, «tres grandes imágenes de lugares propicios para contemplar el mundo: primero, el Faro de Alejandría; segundo, una montaña altísima, junto a la cual serían enanas las más famosas cumbres conocidas, y tercero, las Pirámides de Egipto. La segunda imagen, la de la montaña altísima, hubiera sido suficiente.» Hemos de volver a leer cuantas veces sea necesario todo *Primero sueño*, y fijarnos particularmente en los versos 309 a 339.

Hagamos un paréntesis. Acerca de la autoría de la loa de marras y su lugar y año de creación, imagínate a Juana Inés: un par de obras compuestas nada menos que a sus siete u ocho años, como hemos leído por ahí, ¡y bilingüe, en náhuatl («en mexicano») y español! Bueno, ciertamente *me* resulta inverosímil, en exceso romantizado, eso de la escritura de dos piezas literarias en toda forma, con semejantes asuntos, por una Juana Inés a tan tiernísima edad, aun cuando estuviera bajo el hechizo de las «mágicas infusiones / de los indios herbolarios» de nuestra sufrente *suave patria*, en un ambiente que se antoja idílico, rodeada de libros y música, de prístino campo en la Hacienda de Panoaya, entonces propiedad de su abuelo materno. Tengo presente, sí, las posibilidades de la precocidad, como la de Mozart, por poner un ejemplo de entre

los más conocidos. Con todo, por el momento me parecen más sólidas las consideraciones de la historiadora Margarita Loera Chávez y Peniche, quien en su libro *Flor de volcanes / Sor Juana Inés de la Cruz: vida y obra en la región donde nació* (2011) apunta que la composición fue escrita entre los trece y los dieciséis años, en todo caso, no mucho antes de ingresar Juana Inés a la corte virreinal, lo cual ocurrió hacia sus diecisiete según consta en documentos biográficos.

Sé también que parte del acervo de Lorenzo Boturini y su Museo Histórico Indiano incluye un conjunto de manuscritos en «lengua mexicana», con pizcas de español, que fueron mandados escribir o copiar, sin mediación eclesiástica, por caciques y otros principales de la zona que abarca poblados relacionados con los volcanes de tus ensueños, entre los actuales Estado de México y Morelos: Tlalmanalco, Tlayacapan, Chalco, Ozumba, Tepetzlipa, Amecameca..., Nepantla, donde nació Juana Inés. Dichos manuscritos, que son veinte, se conocen con el título abreviado de *Mercurio encomiástico* y tratan de varios temas, no sólo de fe cristiana, según se cree por el final de dicho título, *al Santísimo Sacramento*. Pues bien, uno de esos manuscritos resulta ser la loa atribuida a Sor Juana. Pero hay otro, que es el que dará mejor respuesta a la consulta que me haces en carta previa —que te agradezco profundamente— y que nos tiene aquí. Acerca de ese manuscrito, en «Ritual de



El volcán desde el balcón 28 (Serie 7 de Las Posibilidades del Cubo)

montaña de origen mesoamericano, en letras del siglo XVII» Loera Chávez ha escrito cosas interesantes (su artículo lo publicó en el número 88, año 2014, de la revista *Historias* del Instituto Nacional de Antropología e Historia). El manuscrito es el titulado como «En el año de 1686 en Amecameca recitó esta loa Don Sebastian Constantino, hoy gobernador, y entonces niño, a la Santísima virgen», así, en español, pero sus versos están escritos por completo en náhuatl. Y, ahí sí, podemos encontrar un espléndido «ritual de montaña» en honor del Iztaccíhuatl y del Popocatepetl. Anota Loera Chávez: «devela en [la loa] una particular cosmovisión, impregnada hasta la actualidad en los rituales de aquella región en que se venera a la montaña y se busca la regulación de los ciclos del agua y, por ende, de la vida agrícola y de la naturaleza en general. Esos rituales se realizan todavía encubiertos en el calendario religioso católico, como al parecer se hacía ya desde la época en que se ubica nuestro registro histórico en estudio.» No abundo más, para que vayas directamente a la fuente. Ah, que no se me olvide: te sugiero que busques algunas publicaciones de los sorjuanistas; seguramente más de uno te iluminará mejor sobre el tema de las loas de Sor Juana.

Bueno, deja tomo aliento...

Poco más sé al respecto, te confío llegados a este punto. No por falta de interés, sino porque me con-

centro en otros temas, algunos de los cuales bien conoces y compartimos. Tiene sus primores no saberlo todo: prefiero ir encontrándome con la sorpresa y el asombro que brindan los descubrimientos mientras andamos por la vida, el gozo de aprender de *la utilidad de lo inútil* en este mundo. No otra cosa, por cierto, procuraba Sor Juana. Supongo, entonces, que con estos preliminares puedes comenzar a prepararte para tu visita a la Hacienda de Panoaya y hacer realidad tu ansiado sueño de conocer de cerca el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl –espero que la estulta maña por los “pueblos mágicos” no haya hecho demasiados estragos al lugar convertido al turismo; ya me contarás–. Tienes tiempo suficiente para ello, vida mediante. De mi parte, te prometo que investigaré más, para redondear nuestra conversación.

Ahora bien, mi querido Lector Imaginario, te cuento que, oh las coincidencias có(s)micas, un también querido amigo, pintor él, Juan José Zamarrón, es un apasionado de los volcanes. Voy descubriendo qué tan hondamente son parte de su vida. Nacido en Oaxaca, hacia sus siete años él y su familia se mudaron a Yautepec, Morelos. Ahí vivió su niñez y, si entiendo bien, su juventud, siempre cautivado por el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl. Expuso recientemente una serie de cuadros sobre el Popocatepetl: *El Volcán desde el Balcón*.¹ Me pregunto qué sortilegio nos anda queriendo envolver ahora en torno al volcán...

Se trata de piezas pintadas sobre papel previamente dibujado con su cuerpo, es decir, Juan José mismo, «con todo el cuerpo», sobre la superficie de pliegos de papel extendidos en el piso, con grafito, con pastel, etcétera, en cualquier postura que permitiera los trazos. Eso lo realizó como ejercicio previo, independiente, en cierto taller, pero luego los pliegos dieron soporte a sus cuadros. Con ese papel, pues, ha forrado por completo los bastidores, y en ambos lados ha pintado retratos del Popocatepetl, sumando a la técnica óleo, acrílico, sepia, sanguina y hasta hojas y fragmentos ígneos del propio volcán y trozos de cerámica en algunas de sus composiciones. Cada cuadro es de 33 x 33 cm, y los tiene dispuestos

¹ Realizada en la Galería Arturo Estrada del Teatro Narciso Mendoza (Cuautla, Morelos) durante abril-mayo de 2022.

en armazones de 3 × 3 cuadros: eso los hace ofrecer una vista en mosaico dinámica en el espacio y en el tiempo, muy distintiva.

Cuenta Juan José que las piezas presentadas nacieron durante el confinamiento por la pandemia entre 2021 y 2022, y que con ello dio otra vuelta de tuerca a su necesidad de vivirse a sí mismo y, por tanto, a los otros –intentarlo al menos–, «como individuos integrales. Juntos en sociedad y juntos en la naturaleza.» Eso, querido Lector Imaginario, es muy semejante a lo que con ahínco hemos venido reflexionando de una manera y de otra en nuestro intercambio epistolar, y que, sin duda, te ha hecho decidirte a lanzarte en pos de los volcanes tras sobrevivir al aciago encierro pandémico. Además de que tú, ya ves, me has hecho enlazar los cuadros de Juan José con tus preguntas de si Sor Juana escribió poemas acerca de los volcanes de su terruño y si consideró o no los rituales prehispánicos dedicados a ellos. Se confirma lo que el pintor expresa acerca del Popocatepetl: «Percibido, sentido y vivido como una presencia permanente en el inventario emocional de los pobladores de los valles que lo rodean [...], adquiere personalidades poderosas y míticas. Yo lo retrato desde ahí, desde balcones reales y virtuales, y desde mi memoria, aún habitada, desde hace treinta años, por *la visita del ángel* [se refiere a una serie de estampas, y su respectiva exposición en 1990, con el tema del Popocatepetl]. [...] Las ciudades de Atlixco en Puebla, Nepantla en Estado de México, Yautepec, Cuautla, Anenecuilco y Ayala, Chalcatzingo y Hueyapan en Morelos, Chapultepec y Tlalpan en Ciudad de México, entre otras, han sido *los balcones* desde donde he trabajado buscando impresiones de amaneceres, mañanas, tardes y noches, vientos y nubes, soles y lunas, así como algunas historias y mitos que acompañan a Don Goyo y sus constantes fumarolas.»

La serie *El Volcán desde el Balcón* forma parte de un proyecto pictórico mayor que Juan José ha venido desarrollando desde 2014: *Las Posibilidades del Cubo*, serie de la cual hizo la primera exposición en la Fundación Sebastián, aquí en Ciudad de México. Utilizando el cubo –estructura aparentemente inmóvil– como plataforma y vehículo, él continúa

explorando «las múltiples formas de adentrarse en las sensaciones y las percepciones, en el mundo de la mente.»

Para despedirme, te dejo el texto de sala de la exposición, que Juan José tuvo a bien pedirme (¡...!) que le escribiera para la ocasión.



***El Volcán desde el Balcón*, de Juan José Zamarrón: instantes del cuerpo, fragmentos de realidad**

I

Hay balcones materiales e imaginarios; hay aquellos contruidos de recuerdos y, ahora gracias a la cibernética y la logaritmación, virtuales. Unos y otros para ver, mirar, observar, otear, curiosear, espiar. Pero ahí, abiertos al espacio, asomados al tiempo, dejarnos atravesar por el aire, por la luz, y también por la oscuridad. Uno, dos, tres parpadeos; aguzar la vista y los demás sentidos, respirar, intuir... el infinito a cada instante, a cada fragmento, a cada aliento. Para desvelar claroscurios y entresijos del paisaje –natural, urbano, humano–, necesitamos un balcón propio, semejante quizá a la habitación propia de Virginia Woolf, y cultivar, como plantas, lo que antes fue el vano de un cubo (en términos arquitectónicos, *vano* es aquel «espacio vacío en construcción» donde es posible hacer una puerta, una ventana, un balcón). Mirada exterior, vista interior. Viceversa.

II

Aquí estamos, ante *El Volcán desde el Balcón*. De su viaje alrededor del Popocatepetl –el de tierra y magma–, transbordando de un balcón material a un balcón virtual y de éste a un balcón imaginario, con estancias de duración indefinida en el balcón de sus recuerdos, Juan José Zamarrón nos trae estos retratos del volcán. Y emprendemos juntos este otro viaje, el de la itinerancia pictórica... con todo el cuerpo. El cuerpo de Juan José y sus instantes trazados sobre extensiones de papel, trayectos plasmados en trazos primordia-



El volcán desde el balcón 208 (Serie 7 de Las Posibilidades del Cubo)

les, primigenios: líneas rectas, líneas curvas, espirales, para luego, en otros instantes, trazar otras rectas, otras curvas, otras espirales, sumar manchas, densidades y texturas compuestas sobre fragmentos recortados de aquel mismo papel donde dejó huella de sus trayectos primeros. Y el cuerpo nuestro de compañeros de viaje, espectadores ante *El Volcán desde el Balcón*, con nuestros propios trayectos, espacios, instantes, fragmentos.

Armonía circunvalante, cual danza ritual, en torno a ese otro cuerpo que es el Popocatépetl.

III

Volcán: cuerpo geológico, como mineral invertido. (¿Es el cono una de las posibilidades del cubo, Juan José?) El Popocatépetl, aunque a veces coronado de

nieve, es esencialmente calor, fuego telúrico. Es magma desde el abismo: materia y energía que todo lo abrasa. Es lava: masa mineral transformada en fragmentos y fluidos propulsados. Y Zamarrón transforma y transfigura esos elementos en trazos y colores. Transformar es hacer realidad la noción fisicoquímica de *equivalencia masa-energía*, y puede ser la conversión de una realidad en otra distinta, cualquiera que sea el medio o recurso para hacerlo. La equivalencia masa-energía también puede ser el acto y la acción de cambiar el aspecto de una misma realidad en otro: transfigurar. Incluso, interpretar.

IV

Interpretar plásticamente la cumbre nevada en calma, sí, pero también nubes eruptivas, fumarolas, cenizas, fragmentos de roca captados en el momento de ser proyectados desde el cráter y derramarse sobre el suelo. Las imágenes resultantes, acotadas por los límites de los marcos que soportan cada pieza de *El Volcán desde el Balcón*, transmiten un dinamismo peculiar al ser instantes de múltiples trayectos, los del cuerpo de Juan José y los de cada uno de aquellos elementos volcánicos propulsados. Lo que vemos en los retratos que ha realizado Zamarrón del Popocatepetl, «fragmentos de realidad» como de saltos cuánticos, conforman un mosaico de transformaciones y transfiguraciones cuya colorida intensidad me recuerda no tanto los majestuosos retratos realistas del mismo volcán a que consagraron parte de su trabajo José María Velasco, el Dr. Atl, Luis Nishizawa, por referir algunos de mis predilectos entre los más conocidos paisajistas mexicanos, sino aquel retrato –precioso su azul profuso– titulado *Spirited Morning*, del estadounidense Marsden Hartley. Y también, por la llaneza de sus trazos, aquellas litografías que Alberto Gironella realizó para la primera edición de *Bajo el volcán*, inevitable referencia literaria del Popocatepetl –por ahora no entramos en las leyendas de El Monte que Echa Humo y La Mujer Dormida–. El de Malcolm Lowry y el de Gironella, por cierto,

es un Popocatepetl que no humeaba en la época en que nacieron novela y litografías, mientras que el Popocatepetl de Zamarrón está despierto, cuerpo en *continuum* de flujos piroclásticos, instantes de activa realidad. ¡Nuestro siemprevivo volcán cumple por sí mismo la equivalencia masa-energía! Por eso, afines son los preciosos retratos de Zamarrón a los dibujos esquemáticos de Vicente Rojo en su serie *Cómo Construir un Volcán*, esquemáticos pero dinámicos, con ánimo; alejados a la vez de la pincelada pintoresca de Mario Almela y sus óleos impresionistas, vistas más bien idílicas del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl desde Cuautla, desde Puebla, desde Ayapango –desde otro balcón, quizá, y no faltos de su propia belleza–. Los retratos de Zamarrón son distintivos no sólo por su factura, sino también en su individual expresión, que matiza de su propia ternura el temor y el asombro. *El Volcán desde el Balcón* viene a enriquecer el acervo pictórico en torno a ese ser fascinante pero terrible que es el Popocatepetl.

Hasta siempre, querido Lector Imaginario.
Abrazos fraternos de esta tu

Luz de Lourdes

Ciudad de México, 14 de junio de 2022

Postdata 1: ¿Conoces un volcán en erupción que hizo Roberto Montenegro y que apareció como ilustración de portada de un libro de Alfredo Breceda, el primer tomo de *México revolucionario 1913-1917*? ¡Es magnífico, y recién el fin de semana pasado caí en cuenta de ese otro volcán pictórico!

Postdata 2: Te recomiendo un estupendo cuento del Dr. Atl: «Los que murieron en el cráter», ambientado en el «pueblo de Amecameca, extenso y triste, humillado por la tremenda presencia del volcán.» Otra experiencia, desde *otro balcón*. ●